

EL CORREO DE LA MODA.

ALBUM DE SEÑORITAS.

Periódico de Literatura, Educacion, Teatros, Labores y Modas.

Los Artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. Historia del tul, por don A. Pirala.—Cartas á Julia, por doña Angela Grassi.—A Asturias [poesia], por doña Emilia Mijares de Real—Subir á la torre, por don Antonio Arnao.—Los poetas coronados, por don E. Hernandez.—En el album de una joven poetisa [poesia], por doña Elena G. Avellaneda.—Esplicacion del figurin de detalles, por doña Aurora Perez Miron.—LAMINAS: *Figurin de detalles, núm. 677 bis.*

INSTRUCCION.

HISTORIA DEL TUL.



O solamente los grandes acontecimientos tienen su historia, sino tambien cosas pequeñas y al parecer insignificantes. Así como se presta á maravilloso análisis desde el diminuto insecto al colosal elefante, hay tambien artefactos que, no por ser vulgares y sencillísimos, dejan de tener sobresaliente mérito y notable historia.

Entre las maravillas que cada dia produce la industria, una de las mas encantadoras y mas preciosas, es seguramente ese tegido fino y diáfano que se llama tul. Ligeroy voluptuoso, se ha hecho necesario para el adorno de la mujer.

Uno de sus inventores le bautizó con el nombre poético de *ilusion*, sin duda por su parecido con la blonda, ó quizá porque ayude tan preciosa tela á velar, con sus ligeros pliegues, algunas imperfecciones, y á que sus graciosas sombras realcen la belleza. Bajo este aspecto no puede ser insensible ni indiferente á la mujer la historia de un tegido de tan inapreciables servicios.

Mr. Ferguson hijo, autor de la monografía del tul, cuya fabricacion ha perfeccionado su padre en Francia, es uno de los fabricantes que mas se han distinguido. Y no solo es fabricante y artista, sino que así como ilustres guerreros han dejado la espada para coger la pluma y escribir la relacion de los

combates, él deja el huso, y se pone á contar el nacimiento y vicisitudes de su industria, y lo hace de una manera elegante y á veces bella.

El inventor del oficio, cuyo mecanismo ha dado la primera idea de la fabricacion del tul, fué el respetable Guillermo Lee, que hácia fines del siglo XVI vivia en Calveston, en Inglaterra. Tan precioso descubrimiento se debe á una desesperacion amorosa. Guillermo, que se dedicaba al estado eclesiástico, se apasionó de una joven calcetera, y en vano la colmaba de declaraciones y protestas: la joven, haciendo siempre calceta, permanecia impasible. Abandonó entonces el escolar la iglesia, se consagró al trabajo que hacia tan insensible á su amada, y concibió la ingeniosa máquina, con cuya ayuda debia crear una temible competencia á las lentas y antiguas agujas de la que le habia rechazado. Si el amor perdió Troya, se le puede perdonar, porque la industria moderna le debe uno de sus mas ingeniosos descubrimientos.

Desdeñada en Inglaterra esta invencion, se llevó á Francia, de donde volvió pronto á su pais natal, para no tardar en estenderse y prosperar con tales proporciones y adquirir tal voga, que las señoras de la época llevaban al pecho, á guisa de adorno, agujas de oro ó de plata, imitacion de las del oficio.

Fabricadas las primeras telas, llevaron el nombre, no de la poblacion de *Tulle*, como se ha creido generalmente, sino de la de *Toul*, en latin *Tulla*, donde se hacian antes los tegidos de muselina que tenian alguna analogía con el tul moderno. La Inglaterra ejerció mucho tiempo el monopolio de la fabricacion de esta tela, hasta que al fin del último siglo, se fué haciendo mas general y ha llegado á ser hoy vulgar, lo que entonces por su carestía era solo del uso esclusivo de las clases privilegiadas.

En tiempo de Luis XVI, el duque de Liancourt, fué comisionado para ir á estudiar en la Gran Bretaña el mecanismo del tul: á su regreso llevó consigo á un obrero, Rhumbolt (pues debemos eternizar el nombre de un soldado del trabajo), y se estableció la industria del tul en Francia; pues aun cuando la revolucion habia cambiado la situacion de la Francia, no se olvidó el servicio que la habia hecho el desgraciado monarca, y la República protegió al obrero y á la industria que llevaba.

Las guerras y la exageracion de los partidos proscribieron el tul: en 1809 se quemaron de órden del emperador piezas de tul, por valor de mas de 500,000 francos, de procedencia inglesa, cogidas en Calais; mas la Restauracion se ocupó sériamente de la fabricacion de este tegido, y la duquesa de Angulema llevó la primera ropa de tul bordado á mano, producto de las fábricas francesas.

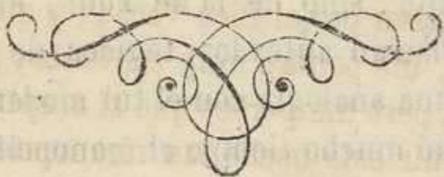
Aun entonces era cara esta tela, y no estaba al alcance de todas las fortunas, como hoy lo está, para mayor gloria de la industria; y cualquiera mujer puede ostentar el lujo, poco costoso y encantador de este tegido aéreo. El metro cuadrado que se pagaba hace 50 años á mas de 500 rs., apenas vale en el dia á 2 ó 3.

Tal es la historia del tul, en la que tambien tiene su parte y su gloria la mujer; para probar otra vez mas que apenas deja de tenerla en casi todos los acontecimientos que influyen en la sociedad, de cualquier género que sean.

La que produce grandes pasiones puede producir grandes hechos. Laura fué causa de los sonetos mas armoniosos y sentidos del Petrarca; la hermosa Fornarina de los mas bellos cuadros de Rafael; pero á qué engolfarnos en citas que todos conocen y serian interminables? A qué traer aquí celebridades históricas, cuando cualquiera mujer puede llegar á serlo, cuando una simple calcetera fué motivo de que se inventára el tul?

Recuérdela nuestras lectoras cuando con el tul se adornen; bendigan su virtud, y sublímesese su alma tan susceptible de tanto grande y heróico.

A. PIRALA.



CARTAS Á JULIA.

XIV.

Lo que se ofreció á nuestra vista en el patio, querida Julia, fué un espectáculo singular.

Una mujer, de edad indefinible, pero seca y acartonada como un pergamino, estaba de pié, apoyada en un baston en medio de un círculo, formado por Antolina, Susana y las vecinas. No se sabia de qué tela estaba formado su vestido, pues parecia un campo matizado de mil diversas flores, segun eran innumerables los remiendos de que estaba cubierto. Llevaba al cuello una cosa abigarrada, que hacia las veces de pañuelo, y esto era lo único que la defendia contra el hálito del cierzo, que los rayos del sol no hacian mas que templar un poco. Sus escasos cabellos, que parecian otros tantos hilos de plata, los llevaba recogidos atrás con una aguja de madera, y en cuanto á zapatos, no llevaba otros mas que los que le habia regalado al nacer la madre naturaleza.

En fin, todo su aspecto era tan original, que me traia á la memoria el de aquellos mendigos, que tanto miedo y tanta aversion me infundian al principio en mis largos paseos por el campo.

—Vaya, vaya, cuantas preguntas! decia, moviendo á todos lados sus ojillos alegres y perspicaces. He ido de puerta en puerta, y todos me han dicho que en ninguna casa puede haber bolsones, mas que en esta.

Las mujeres que la rodeaban prorumpieron en nuevas risotadas, haciendo chacota de ella, cuando vimos á la niña María lanzarse en medio del círculo, besar la mano á la anciana, y esclamar con noble indignacion:

—Por qué os reis? no veis que tiene el pelo blanco?...

En aquel instante descendíamos nosotras el último tramo de la escalera.

María, al aperebirnos, se puso encendida como una amapola, y bajando la cabeza, vino á nuestro encuentro, murmurando con ademan confuso:

—No es verdad, abuelita, que es mal hecho?

—Muy mal hecho, hija mia, dijo esta, paseando en torno de sí una severa mirada.

Todas enmudecieron.

—Es esta el ama? preguntó aquella mujer.

Y como los circunstantes hiciesen una señal afirmativa, dió algunos pasos hácia nosotras.

—Calle! exclamó, encarándose con la abuela, tú eres tan vieja como yo, ¡Dios sea loado!

A pesar nuestro, no pudimos menos de sonreirnos.

—Vaya! no hay que estrañar que la llame de tú,

añadió sonriendo también; yo soy la más vieja allá arriba, y llamo de tú á todo el mundo... Esta es la segunda vez que bajo al pueblo!... La primera fué cuando me casé con mi difunto, y desde entonces acá, creo que ha pasado más de cincuenta veces el día del cordero...

—De qué pueblo es Vd.? la preguntó la abuela.

—Pueblo? ninguno! Allá arriba, entre aquellos dos montes que se tocan, hay unas cuantas casuchas, y allí vivimos nosotros... hemos vivido siempre allí... Solo que los domingos, bajamos á oír misa á una ermita que hay al pié de la montaña...

—Y tiene Vd. familia?

—Cinco hijos tuve; los cinco están con Dios... Dios sea bendito!...

—Pero entonces, quién cuida de Vd.?

—Quién? todos! Marcela me deja dormir en el establo, y por las noches me pone una brazada de heno fresco y hermoso... los demás me dan de comer, quién un día, quién otro, y luego, por las mañanitas, voy á sentarme al borde del camino, y nunca deja de pasar alguna buena alma, que me dé un ochavito por amor de Dios!

—Y está Vd. contenta con esta vida?

—Yo estoy contenta con todo lo que Dios me envía.

—Y cuando está Vd. enferma?

—Toma, cuando estoy enferma todos me cuidan, como yo los cuidé á ellos en mis buenos tiempos! No hay uno solo que no haya sido fajado por mí cuando era chiquito, y por quién no haya ido cien veces al bosque á recoger yerbas buenas, cuando tenía la viruela ó el sarampion... Así, cuando se murió mi último hijo, un moceton que no cabía por esa puerta, me dijo: «Madre, no me dá pena morirme, porque todos serán hijos de Vd. !...» Y así ha sido!... Bendito Dios que lo ha llamado á su gloria!

Y además, por qué no había de estar contenta? Yo nunca he hecho daño á nadie... nunca!

La candidez de aquella buena anciana me tenía suspensa y embelesada. Jamás hubiera creído que bajo aquel aspecto casi salvaje, hubiera podido ocultarse una bondad tan sencilla y una virtud tan inocente.

La abuela, que sin duda le había dirigido todas aquellas preguntas, para saber si era acreedora á la limosna que creía viniese á reclamar, sacó del bolsillo una moneda, y se la alargó.

—Vaya, vaya! dijo aquella mujer rechazándola, si yo no vengo á pedir, si vengo á dar!... Ayer, Manolillo, se puso enfermo con un calenturon que daba miedo... Su cara estaba hecha un áscua, y estar cerca de él parecía que era estar cerca de la lumbre. No te alborotes, la dige á Teresa, yo iré á buscar una mata prodigiosa, que le quitará ese fuego á tu hijito!... Cogí mi baston y eché á andar... Pero que si quieres! En el bosque no hallé nada que me hiciese al caso...

Atravesé aquella ladera, y aquella otra ladera, y aquella de más allá... porque aunque soy vieja, tengo muy buenas piernas... Vaya! como que esta mañanita he empezado á bajar de allá arriba con el sol, y ya estoy aquí!... Pues en la última ladera encontré la mata que buscaba, y aun que tengo, loado sea Dios, la vista muy baja, no por eso dejé de ver una cosa abultada que había entre la yerba: la recogí, y cádate que me hallé con que era un bolsón, todo lleno de dinero! Vaya, plata y oro!... Yo nunca había visto una cosa igual!...

—Eh! tío Perico, grité á Perico el carretero, que pasaba cerca de allí; mira lo que me he encontrado!...

El pobre muchacho abrió tanto ojo.

—Ahora sí, me dijo, que podrá Vd. tener un cuartito limpio y aseado, un buen colchon, y un patio con sendos pollos y gallinas...

—Quita allá! le respondí, ¿no ves que en el campo no se crían estas cosas, y que es preciso que alguien lo haya perdido? Pues si me quedase con lo ajeno contra la voluntad de su dueño, no podría ir á juntarme allá arriba con mi Beltran y mis hijitos!

—Calle, y es verdad! dijo Perico suspenso. Pero de quién será!

Y luego el muy bobo, se dió una palmada en la frente, diciendo:

—Sí, ya lo sé!... hace poco andaba gente entre esos trigos, y el tío Anselmo me dijo días atrás en la taberna, que iba á vender su heredad, á no sé qué señora de Coria...

Al hecho: esta mañana he cogido mi baston, y trás, trás, trás, he venido hasta aquí... De qué color era la bolsa?

—De cuero verde, y en el centro había una letra, respondió la abuela.

—Yo no sé qué son letras; pero sí tiene en medio un garrapato... Vaya, pues tuya es, tómala, y con Dios!...

—Quédese Vd. con ella, la dijo la abuela, conmovida por aquel rasgo de cándida honradez; quédese Vd. con ella, haga Vd. lo que la aconsejaba el tío Perico.

La vieja, que ya había echado á andar, se detuvo y fijó en nosotros sus ojos desmesuradamente abiertos.

—No, dijo despues de un instante de reflexion, no quiero. La bolsa es tuya, ¿y por qué me has de dar nada por habértela traído? Yo he hecho lo que debía hacer, y nada más!... Mira, si cualquier día llegas á pasar por el Pico Verde, y quieres darme una limosna, me pondré muy contenta; pero hoy, no sé por qué, pero me parece que si aceptára algo, no podría dormir esta noche tan ricamente como las otras noches.

Y cual si quisiera sustrarse á la tentacion, la buena mujer se alejó muy de prisa, y casi pudiera decirse

se abalanzó á la puerta, en cuanto se lo permitieron sus piernas temblorosas. Pero al llegar allí se detuvo, dudó, volvió hácia nosotras, y poniéndose encendida como la grana, balbuceó con ademán confuso:

—En conciencia, hija. ¿Crées que son de mi cuenta los cuatro reales que he dado esta mañana al señor cura? Porque he hecho decir una misa para encontrar al dueño de la bolsa... Le dí casi todos mis ochavitos, y me habia costado tanto tiempo el recogerlos!...

Estas palabras nos conmovieron vivamente.

—No! se apresuró á decir la abuela, poniendo en sus manos una peseta, eso es de cuenta del que ha perdido el bolsillo.

En aquel instante llegó María, jaleante y cubierta de sudor.

Hacia algunos momentos que habia desaparecido, y traía en las manos una cosa, cubierta con hojas de parra.

Dirigióse tímidamente á la vieja, y con voz entre entusiasta y temblorosa:

—Madre! la dijo, porque María tenia la costumbre de llamar padres y madres á todos los ancianos, tú no quieres que abuelita te dé nada y haces bien, porque las buenas obras no se pagan. Pero mira, yo me pondria muy contenta si tomaras estas mantequillas que abuelita me ha regalado á mí, y si me dieras un beso como si fuera uno de tus hijitos!

Aquella noble accion fué tan imprevista, que todos nos echamos á llorar.

Tambien se llenaron de lágrimas los ojos de la vieja, que alzó las manos al cielo exclamando:

—Bendito Dios, Bendito Dios!

Luego, repuesta de su emocion, cogió á María entre sus brazos, y la dijo dándola un millon de besos:

—Toma, toma! Por mí, por mis hijos... ¿Quién es tu dichosa madre?

—Está en el cielo! respondió la niña.

—Pero tendrás muchas madres, porque eres muy buena, y sobre todo la Virgen Santísima que es madre de los huérfanos!....

—Sí, sí! dijo María, ayer no tenia mas madre que ella y abuelita, pero hoy tengo otra... ¡mira qué guapa es!...

Y la graciosa niña corrió á arrojarse entre mis brazos!...

Yo no sé lo que sentí, querida Julia!... Ah! Dios me pagaba con usura en felicidad los pequeños sabores del dia anterior, y le bendije!

—Vamos, dijo la abuela dirigiéndose á la honrada mujer, ya que ha aceptado Vd. las mantequillas de manos de María, aceptará Vd. tambien un vasito de vino.... Cómo se llama Vd.?

—Paula.....

—Pues bien, Paula, el domingo, no este, que es mañana, sino el otro, iremos á verla á Vd.

La fisonomía de la vieja espresó tal asombro, que no pudimos menos de sonreirnos.

—¡Cómo, dijo, vosotros!... Vosotros que teneis este caseron y mulas, y criados, ir á verme á mí!... Pero yo no tengo casa!... Bah! repuso sonriendo con festivo tono. Os recibiré en el campo, que es la casa de Dios, en donde todos tienen cabida!

Susana trajo el vino.

—A vuestra salud, repuso, apurando el vaso de un solo trago.

Luego sacó una mantequilla; pero al ir á comer se detuvo.

—No, no, dijo, para Goria y Manolo... para Gila y Estebanillo... ¡qué contentos se pondrán!...

—Pero son para Vd.? exclamé yo vivamente.

—Para mí... para mis hijos... es igual... agur, agur... hasta el domingo!...

Y se fué alejando, apoyada en su baston.

—Qué tonta! dije, apuesto á que todos prueban las mantequillas menos ella.

María me miró con estrañeza.

—Pero no ves, me respondió, que el proporcionar algun bien á los demás, es proporcionárnoslo y muy grande á nosotros mismos! Si yo ayer, cuando abuelita me dió las mantequillas, me las hubiese comido, hubiera sido el gusto de un minuto, y ya no me acordaria, mientras ahora estoy tan contenta... voy á estar tan contenta todo el dia!...

¿Qué te parece? una niña de siete años dándome lecciones de moral... ¡Qué vergüenza, Julia!

ÁNGELA GRASSI.

LITERATURA.

A ASTURIAS.

Asturias pintoresca, patria hermosa,
De vagos horizontes,
La que en alfombra de verdor reposa,
La que ciñen los montes
Y la arrulla del mar la voz grandiosa.

Tan solo al soplo de tu ambiente puro
Se apaga el egoismo,
Tú eres baluarte del honor seguro,
Que al trasponer tu muro
La traicion se trocará en heroismo.

Díganlo los que fuertes arrostraron
La cólera agarena,
Los que la voz de libertad alzaron
Y al águila del Sena
Las victoriosas alas sujetaron.

En hechos de nobleza y de ardimiento
Tu historia se prolonga,

No la puede abarcar el pensamiento:
Pues tiene por cimiento
La página inmortal de Covadonga.

Aun te guardan las sombras seculares
De aquella raza fiera
Que antes que abandonar los pátrios lares
Al son de sus cantares
Se arrojaban tranquilos á una hoguera.

¿Y cómo abandonarte, patria amada,
Sin recordar tus rios
Claros como el palacio de una hada,
y tus montes sombríos
Con su cresta de nieve coronada?

El niño que se aduerme al blando arrullo
De tus brisas serenas,
Y vé de flores las campiñas llenas,
Mañana con orgullo
Rechazará el oprobio y las cadenas.

Porque en tí del Eterno la grandeza
Se mira en todas partes,
En tí brilla feraz naturaleza;
Crear tanta belleza
No pudieran la ciencia ni las artes.

Pero pueden pintarte, y en tu seno
Pintores han nacido;
Para ensalzarte de entusiasmo lleno
Y de ambicion ageno
En tus hijos el genio ha florecido.

Tu suelo desigual está poblado
De vagas tradiciones;
En cada peña un árabe encantado
Sueña el vulgo espantado,
Y espectros en los viejos torreones.

Hay quien afirma que si estrañas greyes
En tu recinto vasto
Vuelven á entrar para imponerte leyes,
Despertarán tus reyes
Que yacen en redor de Alfonso el Casto.

Y de tu catedral, bajo las naves,
Cruzarán fieramente,
Mientras la voz del órgano elocuente
Con sus acentos graves
De siglos cien evocará la gente.

¿Mas para qué te ensalzo, patria mia?
No es por guerrera y fuerte
Por lo que vuela á tí mi fantasía;
Si cambiase tu suerte
Con el mismo entusiasmo te amaria.

Porque en tí reposé, de la inocencia
Bajo el cándido velo:
Porque sepulcro hallaron en tu suelo,
En pós de la inclemencia,
Mis padres que me miran desde el cielo.

EMILIA MIJARES DE REAL.

SUBIR Á LA TORRE.

(Boceto de costumbres murcianas.)

¿No conoceis á Murcia, la de las siete coronas?
¿No habeis visto nunca aquella hermosa ciudad que
alegra los corazones, ni habeis respirado su ambien-
te puro que infunde en el alma la vida? Pues enton-
ces no conoceis nada bello: entonces no sabeis lo que
es un pais oriental, cobijado por un cielo de zafir, y
alumbrado por un sol que todo lo inflama. Entonces no
comprendeis hasta qué punto vivifica nuestra exis-
tencia el mágico influjo de aquellos inmensos verge-
les, que parecen un oasis en el desierto de la vida.

Figuraos un ameno y apacible valle, de cerca de
dos leguas de ancho y cinco de largo, tapizado con la
verde alfombra de una vegetacion siempre en su pri-
mavera; figuraos este jardin interminable esmaltado
por numerosos pueblecillos y diseminados caseríos
que semejan bandadas de blancas palomas descansan-
do entre la espesura; imagináos toda esta estension
poética cruzada de rios y riachuelos que se entrelazan
como una complicada red de plateadas cintas, y ten-
dreis una vaga idea de tan encantadora comarca. Y
si ademas de esto quereis gozar del éxtasis del viaje-
ro que se detiene atónito en algunas de las montañas
que la cercan, añadid á todo esto la adormecida ciu-
dad, estendida á lo largo de la llanura, como una sul-
tana en sus jardines; imaginad que veis el claro Se-
gura que se desliza con sordo murmullo á sus plan-
tas; alumbrad este paisaje por la viva luz de un cie-
lo de Mediodía; poblad esta atmósfera de cantos de
pájaros y perfumes de flores, y habreis soñado con la
imágen de Murcia.

Esta ciudad modesta, tan bella como desconocida
de la mayor parte de los viajeros, merced á su escon-
dida posicion topográfica, es tan rica de recuerdos
históricos, como de costumbres poéticas que renue-
van en nuestros dias la memoria de sus últimos pobla-
dores, los hijos del Profeta. Y si á nosotros fuera dado
copiar, en cuadros fieles, estos usos á que nos referi-
mos, podria conocer el lector hasta qué punto es cier-
to lo que decimos; á saber, que parece abrigar toda-
vía en su seno restos de la familia de los que salieron
de España con la pérdida de Granada.

Escasa en monumentos arquitectónicos, porque
en ella los monumentos verdaderos son el esplendor
de la naturaleza y la diafanidad del cielo, no por eso
carece Murcia de algunos que le hacen honor en la es-
fera del arte. Uno de ellos es la catedral. Si nos ocu-
para hoy un estudio sério de sus bellezas, nos deten-
dríamos á enarrar las muchas que, si bien de mérito
desigual, encierra este edificio. Hoy sólo queremos
ocuparnos de una parte del mismo, que representa

para los murcianos uno de sus timbres: esta es *la torre*.

Con efecto; la torre de la catedral, segun en chanza se dice, es para todos los que hemos nacido en aquel suelo como un gigante que nos protege; lejos de cuya presencia, que domina la dilatada cuenca de aquellos valles, sentimos cierta especie de nostalgia que nos hace suspirar por tornar á nuestro pais. No es paradoja. El murciano que ha vencido una vez la tristeza que en él inspira la ausencia del pais, varía en sus costumbres y carácter. No parece sino que aquel clima, aquel cielo, y sobre todo aquella erguida torre, de la cual dice el poeta murciano Selgas:

«*Torre en el dia, y en la noche sombra
que el blando sueño de sus hijos vela,*»

ejercen tal influencia sobre nuestros ánimos, que solo estamos animados por la alegría cuando llegamos á lugar en que se divisa el coloso de piedra que quiere escalar el firmamento.

Bajo el punto de vista arquitectónico carece de una forma general, ligera y atrevida, como tienen las agujas de otras torres de España y Alemania. Notable en su elevacion, por ser en ella la segunda de nuestra península, y adornada de numerosos detalles, que revelan riqueza y gusto, merece por ambas circunstancias la admiracion de los viajeros que por primera vez la saludan, y las lágrimas de los naturales que contra su voluntad la abandonan.

Pues bien, subir á esta torre, para gozar de la deslumbradora perspectiva que ofrece la vega desde su eminencia, es uno de los primeros cuidados que todo buen murciano tiene, cuando algun viajero amigo pisa aquella ciudad que tanto orgullo pátrio infunde en el ánimo de sus hijos. Y no por esto se puede decir que los murcianos sólo suben á ella en semejantes ocasiones. Además de hacerlo de vez en cuando los que pueden soportar las fatigas de la subida, tiene cierta parte del pueblo algunos dias al año, en que subir á la la torre es como complemento de sus diversiones.

¿Veis aquel grupo que se detiene delante de la catedral contemplando el gigante que la corona? Si parais bien la atencion vereis que en dicho grupo hay dos tipos distintos de hombres. En efecto, el traje, el rostro, el acento de esos que están mirando á *la torre* difieren de todo punto. Unos son morenos, decidores, guturales en su pronunciacion; otros rubios, desabridos, estraños en sus palabras. Aquellos son hijos del pais, que guian en su escursion á la torre á unos recién llegados ingleses ó alemanes; estos son los mismos viajeros que permanecen absortos ante el grandioso monumento. El entusiasmo de los primeros presta nueva facundia á su feliz imaginacion y á su fácil palabra. Acompañan á los estranjeros con cierto

orgullo que se trasluce en la menor de sus miradas. Se detienen á cada paso y les hacen reparar hasta en la más insignificante de sus circunstancias.

—¿No vé Vd. qué atrevida es? dice uno.

—Es la más alta de Europa, añade otro, con la hipérbole natural á los del pais.

—De Europa, no; interrumpe un tercero, pero sí de España.

Llega la comitiva á la puerta de la torre, y asiendo el más alegre del pesado aldabon, que hay colocado sobre una losa de mármol, repica gozoso para llamar al campanero, que hace las veces de portero de la torre.

—Veis este aldabon? dice uno de los jóvenes: ahora está á vara y media del suelo: pues hace sesenta años estaba á dos varas. La torre se ha hundido lo que hay de diferencia.

En efecto, sea esto, ó que el piso ha sido levantado (lo cual sin embargo parece poco probable, porque hace muchos años no se ha tocado á él), es un hecho confirmado por muchas personas de edad avanzada, que el aldabon susodicho se encontraba á principios de este siglo mas elevado que en la actualidad.

Ábrese la puerta, y los de la escursion comienzan la subida. Los mas irreflexivos se dan á correr, pero pronto tienen que sentarse fatigados, á mitad de las diez y siete cuestas que hay hasta llegar á media altura de la torre. A cada una que suben va la vista descubriendo un nuevo trozo del bello paisaje que rodea la ciudad. Los ojos van preparándose á la perspectiva que les aguarda.

Cansados y jadeantes llegan los viajeros á la primera galería que circuye la torre, por entre cuyos balaustres de piedra se divisa ya, aunque entrecortado, un espectáculo más completo. Después de haber paseado por aquella galería, y de haber visto unas estimadas reliquias que en una capillita se guardan á aquella altura, se comienza de nuevo la ascension por un estrecho y prolongado caracol, al fin del cual está el segundo tercio de la torre, donde se hallan colocadas las campanas.

Cuando se llega á esta parte, la admiracion sube de punto. Un vasto espacio, cortado por los huecos de veinte campanas, algunas de las cuales son de magnitud colosal, hacen parecer calada la torre, y dejan ver la ciudad, la vega y el cielo bajo un aspecto que causa vivo asombro. El que sube por primera vez, se queda deslumbrado ante semejante perspectiva, y teme acercarse á los balaustres de las campanas, pensando que va á despeñarse. Los naturales del pais, que forman parte de la comitiva, nada descuidan en sus observaciones. El viajero quiere permanecer estático, admirando el panorama que se ofrece á sus ojos, pero sus *cicerones* no le dejan por entonces.

—Venga Vd. aquí, suele decirle uno. Vea Vd. primero lo que hay aquí dentro, que ya tendrá Vd. tiempo de observar esa huerta que tanto le enamora.

El viajero obedece y sigue á sus instructores.

—¿Vé Vd. esta campana tan blanquecina? Esta campana es casi toda de plata, y se llama *La campana de los moros*; porque, segun fama, estos la hicieron para anunciar al pueblo sus victorias.

Y diciendo así, y golpeando la campana con la palma de la mano, déjase oír un sonido claro, suave, argentino, que se estiende blandamente sobre el espacio.

—¿Veis esta otra tan grande, que mira á Mediodía? Esta se echó al vuelo, segun dicen nuestros padres, cuando el Rey Carlos IV y su augusta esposa vinieron á esta ciudad en uno de sus viajes.

En efecto, da temor la idea de ver voltear tan colossal campana.

—Esta, interrumpe otro, dirigiéndose á una de Poniente; esta sirve para decir á sus hermanas de la ciudad: «tocad como nosotras: Murcia tiene hoy un motivo de alegría.» Esta campana de avisos se llama *Nona*.

—Ninguna como esta, añade un cuarto interlocutor, colocándose debajo de la mayor de todas. ¿La vé Vd.? Solo el vaso pesa cuatrocientas arrobas.

É hiriendo tambien con la mano aquel enorme vaso, de un palmo de espesor, produce un rumor grave, sordo, profundo, intenso, que deja en los oídos una impresion misteriosa.

Esta campana se llama, si mal no recordamos, *Paz*; pero lo que suelen hacer muchos naturales del pais, es sostener á los viajeros que tiene grabada la siguiente inscripcion:

«Águeda me llamo:
cien quintales peso:
el que no me crea
que me tome en peso.»

Pasado lo cual vuelve á empezar la ascension. Al medio de un nuevo caracol, hay otra salida á una segunda galería, como la del primer cuerpo. Pero en esta nadie se detiene. El ánsia es llegar al fin de la torre, ó sea á un templete de columnas, llamado *La Linterna*.

Decir la impresion que produce en el ánimo la perspectiva pintoresca que se descubre á tan colossal altura, es punto menos que imposible. Deslumbrados los ojos al descubrir de repente aquel inmenso panorama; azotado el rostro por el viento que siempre zumba en aquella elevacion; viendo estendida á los piés la ciudad prolongada, que parece una hermosa recostada sobre una alfombra de verdura; viendo reverberar en los cristales del antiguo *Táder* la luz resplandeciente de un cielo oriental; descubriendo á

un extremo de la vega los elevados picos en que se asienta el castillo de Alhama, y al otro, como una sombra en el horizonte, los frondosos palmerales de Elche, el espectador no puede, en los primeros instantes, darse cuenta de lo que siente. Medio desvanecida su cabeza en aquellas alturas, y conmovido su corazon con tan magnífico espectáculo, su admiracion se revela las más veces con un suspiro ó una exclamacion, que para nosotros ha querido decir siempre que la hemos oido: «Bendito sea Dios! Qué hermoso es esto!»—(*Se concluirá.*)

ANTONIO ARNAO.

LOS POETAS CORONADOS.

En todos los países y en todos los tiempos, los poetas han sido coronados; pero las circunstancias que se requerian para ello variaban tanto, que es difícil, sino imposible, consignar nada cierto en la materia. Limitémonos á decir que esta costumbre subsistió hasta fines del reinado de Teodosio, en cuya época se suprimieron los juegos capitolinos, en que se coronaba á los poetas con la misma magnificencia que á los Emperadores.

Los poetas que fueron apareciendo posteriormente no gozaron de privilegio alguno hasta el siglo XIII, en que se establecieron los distintos grados de bachiller, licenciado y doctor en las Universidades. Los poetas que se juzgaba dignos de estímulo y de aprecio, obtenian estos grados en las cuatro facultades juntamente. No es otro el origen de los juegos florales de Tolosa.

Dante fué coronado el año 1325; Alberto Mussato catorce años despues, en 1339, y Petrarca, que aceptó esta honra con objeto de ponerse al abrigo de las persecuciones que á él y á sus partidarios les amenazaban, en 1341. El Tasso murió en el mismo momento en que iba á ser coronado en el Capitolio, el dia 25 de Abril de 1595. Hasta 1715 en que se creó, ó mas bien se resucitó en Roma la dignidad de poeta laureado para investírsela al improvisador Bernardino Perfetti, ningun otro poeta fué coronado en Italia.

En Inglaterra, los poetas ó bardos gozaban de ciertas prerogativas y honores, particularmente en Escocia. En el código de Howel de Aberfravo, se consigna: «que las tierras y posesiones de los maestros de gaya ciencia, no paguen tributo al Erario,» y entre los privilegios que en el mismo código se les señalan, figura en primer término «que el Rey y la Reina les hagan merced, de una arpa el primero, y de una sortija la segunda, siempre que vencieran en los

juegos florales.» La misión del bardo se reducía en aquella época á escribir dos odas, una para celebrar el aniversario del nacimiento del Soberano, y otra la entrada del año nuevo.

El primer poeta inglés laureado de que hablan las crónicas es Jonh Kay, completamente desconocido en el día. Idéntica honra alcanzaron en tiempo de Enrique VIII, Gower, Chaucer y Skelton; en el de Isabel, Spencer, autor de la Vestal, y sucesivamente Samuel, Daniel, Ben Jonson, Villiams, Davenant, autor del *Gondiverto*; Tomás Warton, autor de una historia de la *Poesía inglesa*, y Roberto Sonthey, autor del *Wat-Tyler* y de otros poemas notables, que le granjearon el odio de lord Byron.

Esta dignidad, creada en Alemania por Enrique IV y protegida eficazmente por Maximiliano I, que fundó en Viena un colegio poético, prostituyóse de tal manera con el trascurso del tiempo, por lo mucho que se prodigaba y la notoria incapacidad de las personas á quienes se concedía, que desapareció entre el desprecio de las sensatas.

En Francia y en España no se ha conocido esta dignidad. No obstante, la universidad de París la confirmó al Petrarca el año 1345; la de Alcalá, en 1570, á Arias Montano; y España entera, impulsada por un grupo de periodistas jóvenes y entusiastas, á don Manuel José Quintana en 1854.

Para los grandes poetas que no han sido coronados en vida, las generaciones que les han seguido han formado una diadema de flores, que se renuevan cada vez que sus obras se estudian en el bufete, ó se admiran en el teatro.

De cuantos nombres propios hemos citado, solo los de Dante, Petrarca y Tasso conocerán nuestros lectores; ¿ignorarán los de Moliere, Corneille, Byron, Cervantes, Lope de Vega y Calderon, que no fueron coronados?

E. HERNANDEZ.

EN EL ALBUM DE UNA JOVEN POETISA.

Dícese, cantora bella,
Que amas las brisas templadas,
Las alboradas de Mayo,
Las aves del viento caras.
¿Qué mucho? quizá obedeces
Instinto vago del alma,
Si ríes como las brisas
Es que por la tarde vagan,
Y como el alba si lloras;
Como la alondra si cantas.

ELENA G. AVELLANEDA.

Esplicacion del FIGURIN, de detalles, número 677 bis.

NUM. 1. *Prendido* de tul de ilusión, adornado de flores en la frente, colocadas también otras en el lazo de tul, que cierra el turbante por detrás.

NUM. 2. *Cofia*, de levantarse, compuesta de una especie de ala de tul bordado, plegada por jaretas cubiertas con rulos pequeños de cinta verde: el fondo es correspondiente, y cae de él una doble toquilla, guarnecida con encajes y cintas. El guarnecido de adelante le forma un bullonado doble, salpicado de lazadas de cinta verde estrecha. Las bridas y el lazo de atrás son de cinta de seda blanca.

NUM. 3. *Gorra* de mañana, de tul de ilusión, con fondo flojo y caído, cortado por entredoses de guipur blanco y negro: un plegado de cinta blanca, realzado con una guarnición de blonda, adorna los costados, y la parte superior lleva otro plegado de cinta lila número 12: al lado izquierdo se coloca un lazo de esta misma cinta, de la que son también las bridas.

NUM. 4. *Camiseta* de chaconada, bordada de cordoncillo ó trencilla estrecha de estambre, que puede servir para traje de mañana, ó para cuerpo interior: va abotonada por delante, y la espalda es ancha y con una jareta para acomodarla al talle. Cuello doblado.

NUM. 5. *Camiseta* de muselina suiza, con cuello alto, compuesto de un entredos bordado, y guarnecido de un valenciennes doble. Una corbata de muselina con el mismo guarnecido que el cuello, completa la camiseta.

NUM. 6. *Fichú* de tul de Bruselas, bordado de florecitas, alto por detrás, abierto y cruzado por delante, y guarnecido de un doble volante de tul: los contornos del escote y orillas de los volantes llevan un rizado de blonda, en cuyo centro se pone un terciopelito negro.

NUM. 7. *Cuello* á la Emperatriz, de guipur de Venecia, adornado el escote por un rizado de puntilla. *Corbata* de terciopelo rosa.

NUM. 8. *Camisolin* de organdí, con *cuello* de muselina bordada, guarnecido de encaje, y dispuesto en forma de V para vestido abierto.

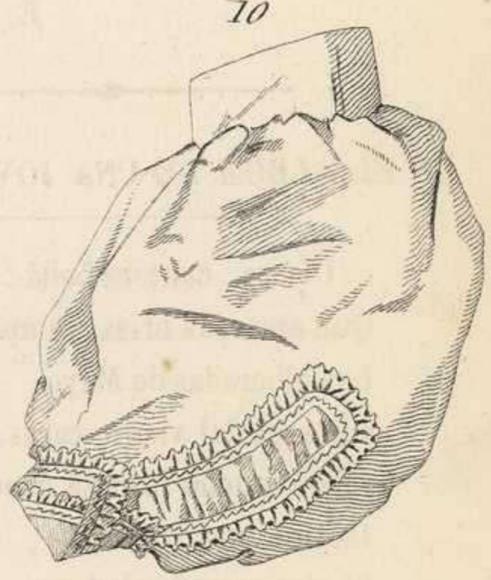
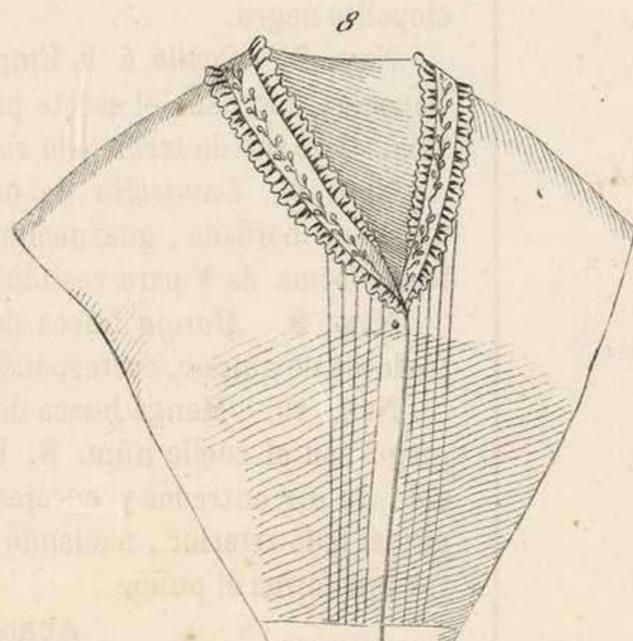
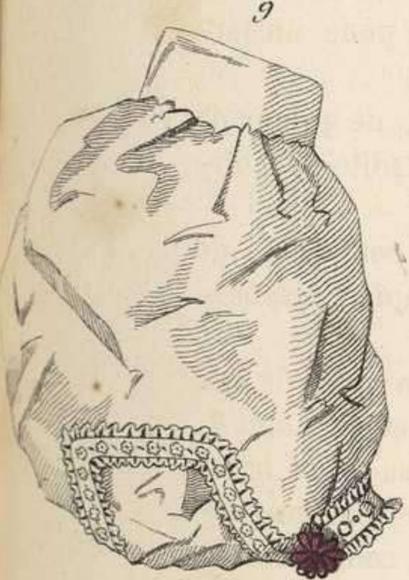
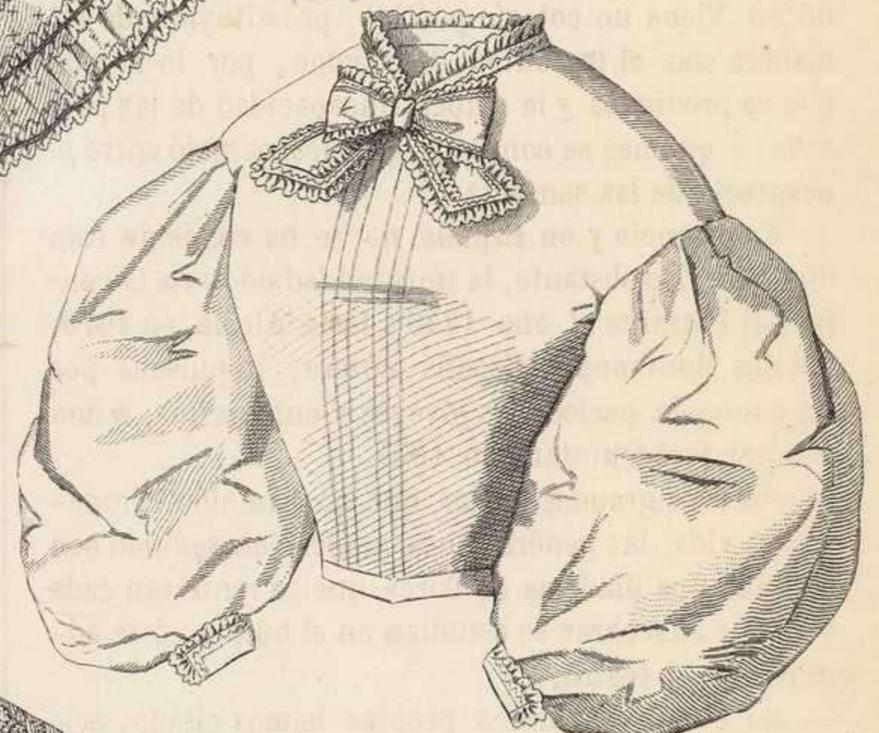
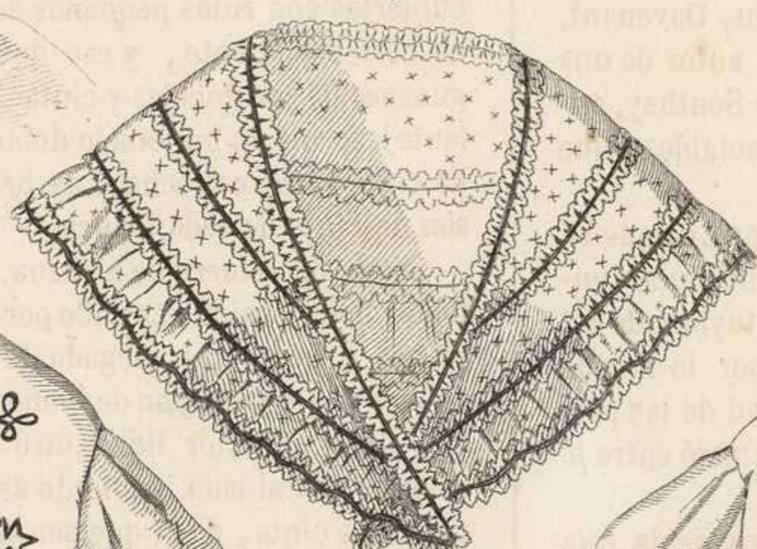
NÚM. 9. *Manga* hueca de tul, con puño de entredoses de guipur, correspondiente al cuello núm. 7.

NUM. 10. *Manga* hueca de muselina, para hacer juego con el cuello núm. 8. Un bullonado, guarnecido de un entredos y encajes, sube, como adorno, por el lado exterior, naciendo debajo de las dos puntas que forma el puño.

AURORA PEREZ MIRON.

Por lo no firmado: El Director

Y EDITOR PROPIETARIO—P. J. de la Peña.



Imp. Legastelous et Fausquet, Paris 22, r. S^{te} Elizabeth

677 bis

LE MONITEUR DE LA MODE

Paris, Rue de Richelieu, 92.

Modèles de Lingerie de M^{lle} Anna Loth, Place Vendôme, 28.

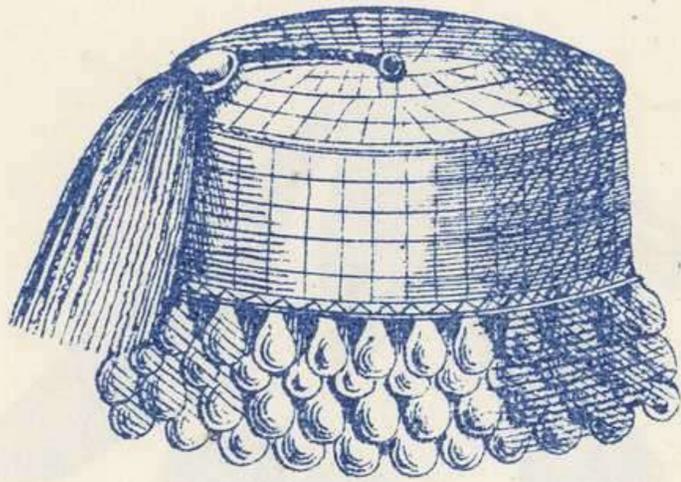
Entered at Stationer's Hall

M.E.C.D. 2017

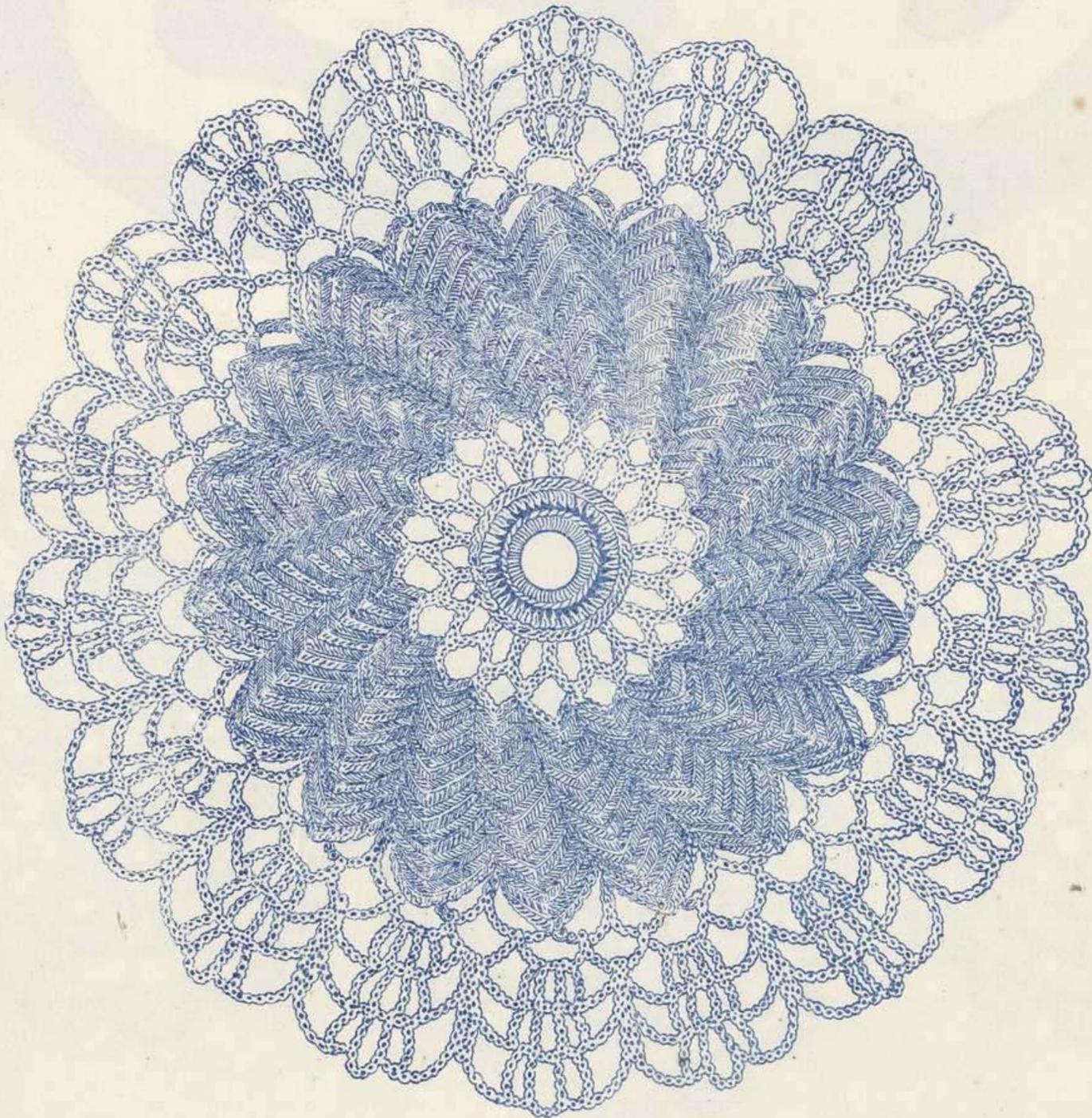
LONDON, S. O. Beeton publisher of the Englishwoman's Domestic Magazine, 248, Strand W.C.

MADRID, P. J. de la Peña

1.



2.



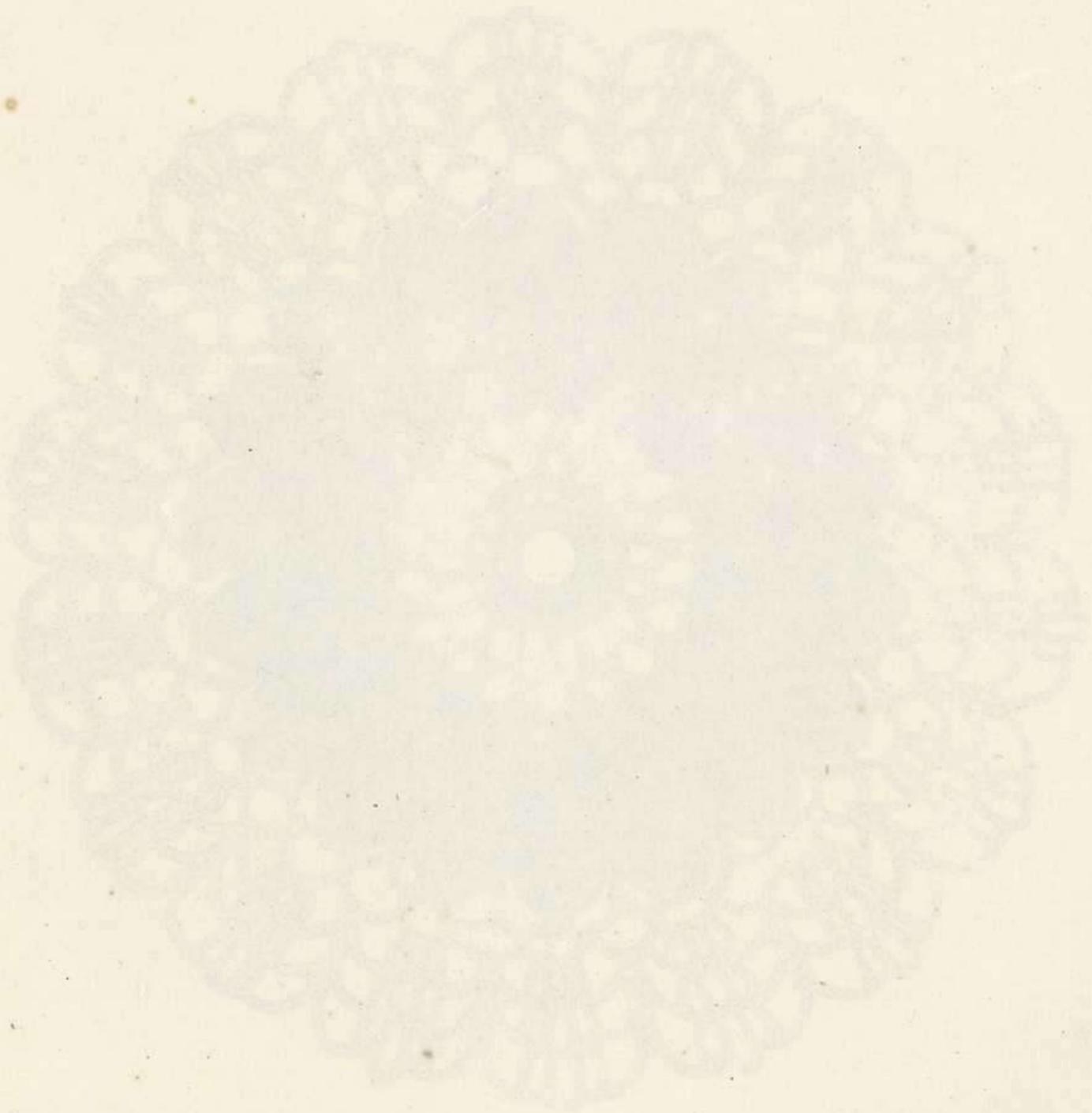
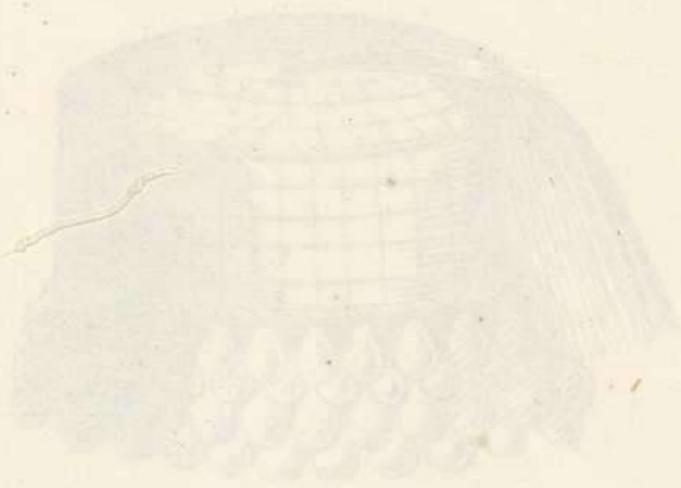
Julio de 1862.

Lit. de Aragon.

Correo de la Moda.

Calle de Lope de Vega 30.

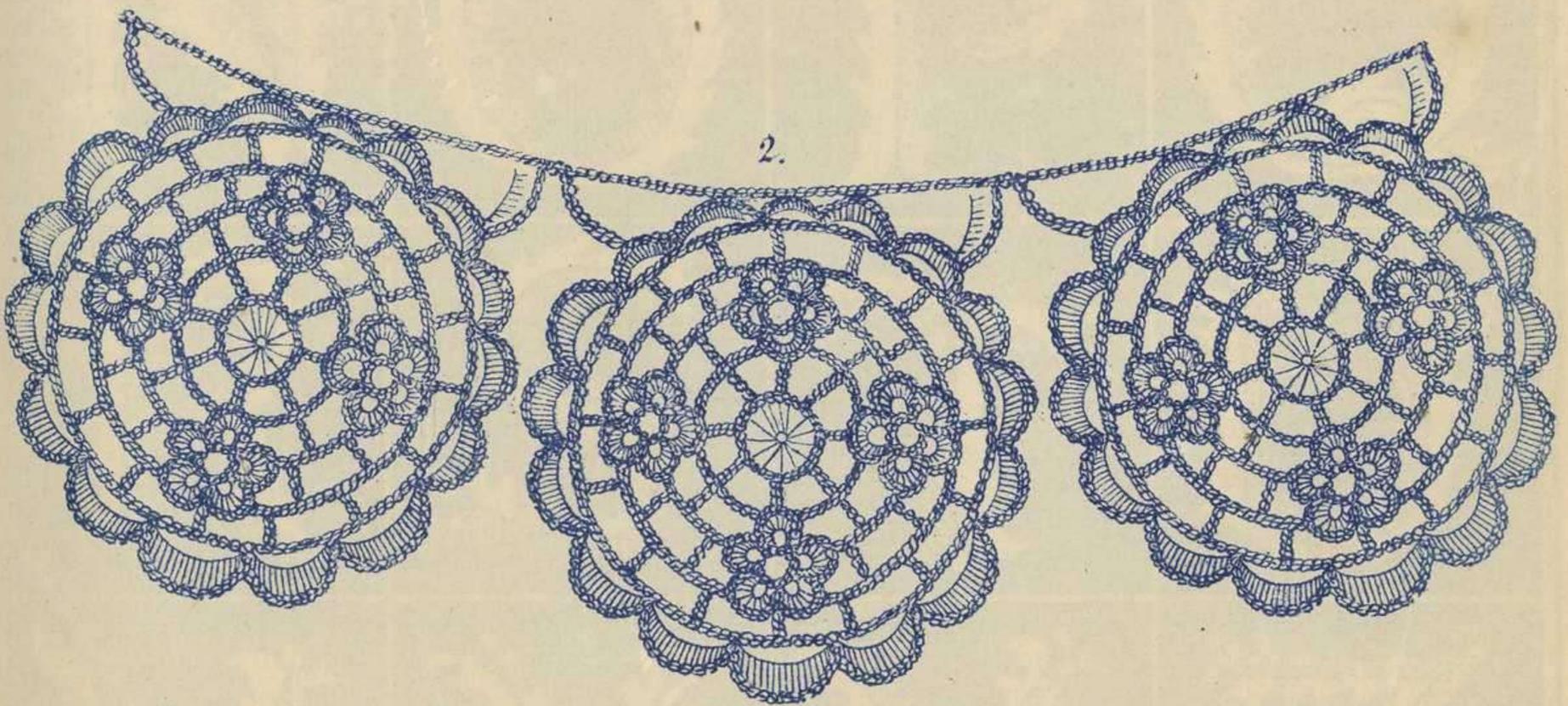
MADRID.



1.



2.



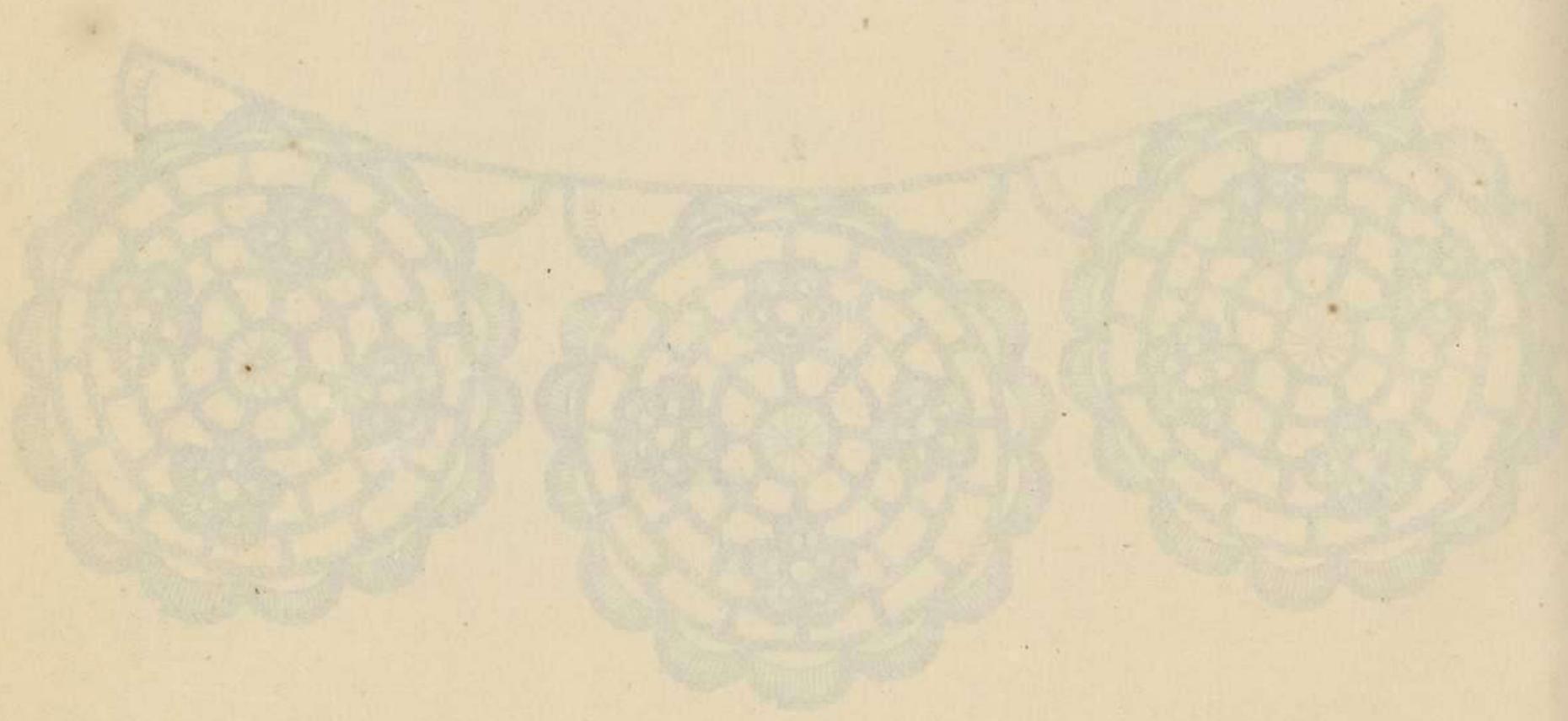
Julio de 1862.

Lit. de Aragon.

Correo de la Moda.

Calle de Lope de Vega 10.

MADRID.



El arte de la alfombra
de la casa de la alfombra
de la alfombra de la casa

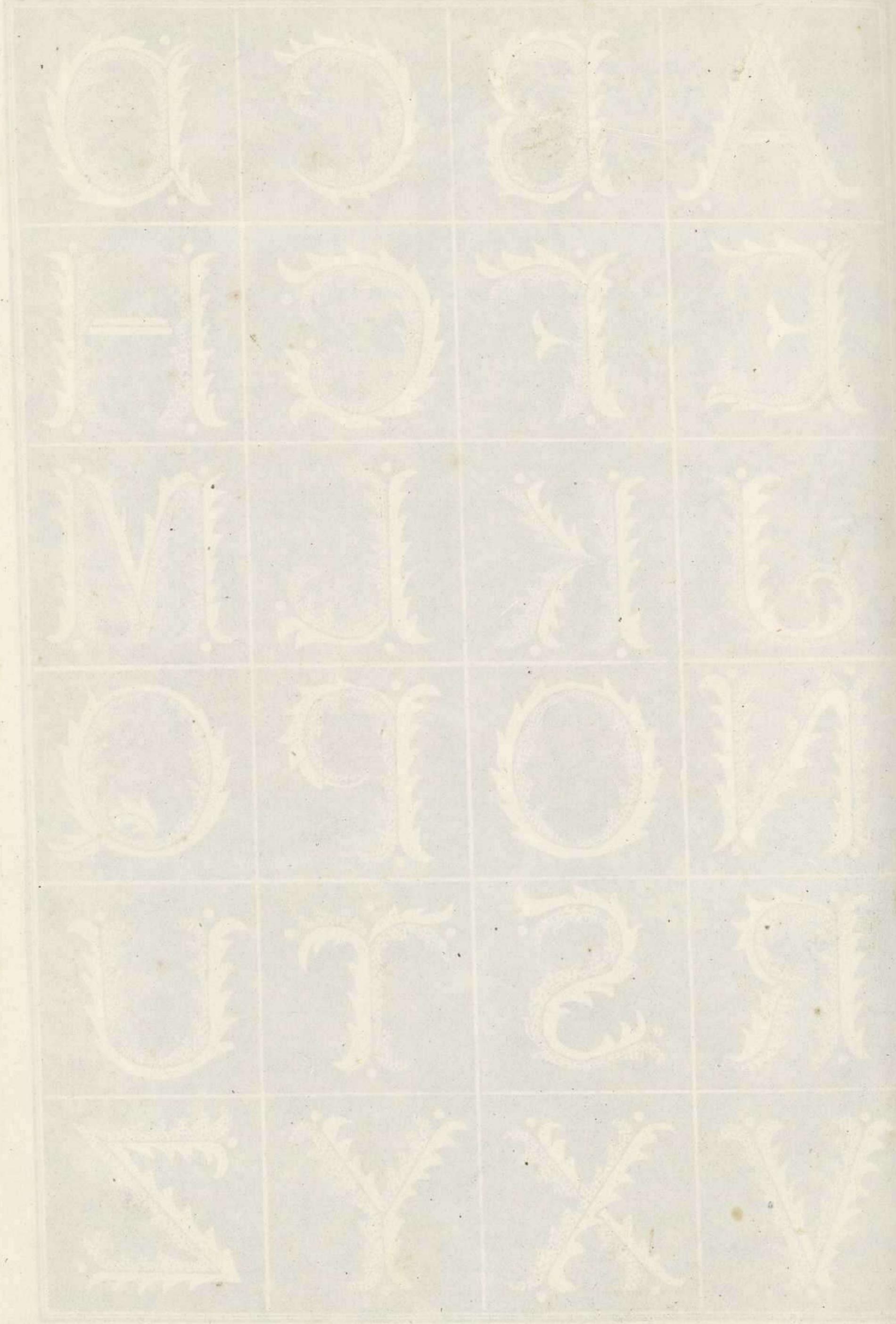


Julio de 1862.

Lit.^o de Aragon, Vrosas 1o.

Correo de la Meloda.

Calle de Lope de Vega 1o.



Alphabet de la Bibliothèque